

El retorno de Rodríguez Luna

El pintor no ha vuelto de México para traernos su visión de los volcanes ni de paisajes apocalípticos. Viene para decirnos que todo está cerca o que, por lo menos, él continúa cercano a nosotros.



La exposición de Antonio Rodríguez Luna en "la pequeña Juana" —la galería antigua de Juana Mordó— nos devuelve dos nombres a los españoles: el del propio Antonio, cuya obra tenemos ahí, y el de su prologuista en esa ocasión: su paisano Juan Rejano. Dos nombres, pero no dos hombres, porque —¡qué pena!— Rejano, con el pasaporte ya preparado en el bolsillo, fue sorprendido y tocado por la mano fría de la muerte y allí en México se quedó para siempre... Hace poco tiempo, Aurora de Albornoz —consulesa general de la poesía española— dedicaba un trabajo de esta revista a la exaltación del gran poeta desaparecido. Los dos eran cordobeses: Juan Rejano, de Puente Genil; Antonio Rodríguez Luna, de Montoro. Yo recuerdo siempre la estampa de Montoro —patria de Rodríguez Luna— entrevista apenas desde la ventanilla de mi vehículo en mis viajes a Andalucía, dominando siempre el monte sobre que se asienta con su arquitectura cúbica y con su cal... Y siempre que paso por allí tengo que dominarme la tentación de parar y tomar posesión mínima de ese pueblo. Alguna vez lo haré —ahora ya lo sé: en homenaje a Rodríguez Luna—. Digo eso porque, en las palabras iniciales del catálogo, Juan Rejano habla de que en Luna se mantienen una serie de datos y peculiaridades pictóricas que, sin duda, tienen que ver con su origen. ¡Y eso, aun después de treinta años de vivencia y

magisterio en un país de tan fuerte impregnación cultural como México...! Ese México que se ofreció pródigo y generoso a los miles de españoles que allí llegaron para consumir el amargo pan del exilio... Antonio habla con emoción y con reconocimiento de ese país hermano, que durante tantos años ha sido para él —para ellos— tierra de promisión, y aun "tierra madre", durante el largo tiempo en que se fue fraguando en él su solidez personal como pintor. Exposiciones, contactos, enseñanzas y hasta el balcón a los cercanos Estados Unidos —pues hasta se benefició nuestro pintor de una beca de la Fundación Guggenheim, además de realizar exposiciones en Nueva York y en Washington—, todo eso posibilitó el asentamiento mexicano y norteamericano de Rodríguez Luna.

Pero yo, al volver sin más sobre lo que es inmediatamente visible de nuestro artista —sobre el artista propiamente dicho y sobre su exposición— no puedo evitar el tener presente las palabras de Juan Rejano, cuando éste dice que hay una serie de datos que permanecen desde el origen. ¿Dónde está el español, y más aún, el cordobés Rodríguez Luna?

Ese cordobés que yo ando buscando está en la ausencia de énfasis, en la renuncia a toda monumentalidad, en un tono mesurado y como "a media voz", por el que los objetos protagonizadores de sus cuadros aparecen como nos decla-

aquel poemilla que todos aprendimos en nuestra infancia que aparecían las ermitas de Córdoba: "... unas casitas blancas, como palomas". Por cierto que hay una paloma —entre la poca iconografía que, así de memoria, recuerdo de su obra— incrustada en alguna de sus obras. Y en otra, un gato. Todo es mesurado, doméstico y familiar. Rodríguez Luna no ha vuelto de México para traernos su visión de los volcanes ni de paisajes apocalípticos. Viene para decirnos que todo está cerca o que, por lo menos, él continúa cercano a nosotros. Ni siquiera trae hasta nosotros eso que, por otra parte, sería muy legítimo que nos trajera: una visión épica de las cosas y esa escenografía casi heroica que fue una de las grandes creaciones del muralismo de aquel país. No: Rodríguez Luna, cordobés, permanece fiel a sus raíces familiares.

Al detenerme algo más en su pintura, advierto en ella la pervivencia de una geometría sin dogmas. Las curvaciones casi las ha suprimido. Pero casi, también, las rectas absolutas. Mantiene una lineación quebrada, con la cual elabora casi toda su figuración. Porque si de figuración se trata en todos los casos, aun cuando el pintor lo es tanto que, siempre, las razones de la pintura se anteponen a las del relato: un blanco, un amarillo, un azul, usufructúan un protagonismo que no le puede disputar ningún argumento. Y luego, la dis-

tribución del color, su administración cromática a lo largo de toda su obra. Luna usa un color modulado, atento a que su grosor nunca hiera con su contundencia al consumidor potencial —al espectador— de esa pintura. Pero con un grosor —un "cuerpo"— suficiente como para que la pintura que sale de sus manos tenga y mantenga una entidad... La pintura de Rodríguez Luna mantiene, después de pasar por tantas geografías un tono "cordobés" —discreto, mesurado, "a media voz"— que acaba infundiéndole un carácter especial. Yo no quiero tomar con absoluta terquedad la idea de Juan Rejano para mantener que ahora, al cabo del tiempo y las aventuras, Rodríguez Luna continúa siendo lo que le enseñó a ser su tierra de origen. Lo que digo es que, al cabo de todas esas aventuras —de una guerra perdida, más el exilio en Francia y en México— la resultante de todo eso es un hombre parco, mesurado, nada estentóreo, como un cordobés. ¡Qué le vamos a hacer si el resultado final de ese producto se parece mucho a lo que debía ser en el origen!

He hablado algo con Rodríguez Luna. ¿Regresar? No del todo. México —me dice— bien merece una fidelidad. No se puede pasar por allí sin que uno se sienta de alguna manera prendido por aquella tierra. Si es posible, mitad y mitad...

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

